

# la **Revista**

para leer en verano

DOMINGO 16 DE JULIO DE 2006

Suplemento dominical de Diario de Ávila



la **Revista**  
para leer en verano  
Suplemento dominical de Diario de Ávila  
DOMINGO 2 DE JULIO DE 2006

**La mejor manera de comenzar el verano**

'La Revista' inicia su temporada estival con la publicación de una nueva serie de relatos. 'Te amo/yo no', de Cristina Civalé, 'Te amo, José', de Mercedes Cabrián, y 'Te amo, José', de Jorge E. Benavides, al nuevo repertorio

Eduardo Jordá  
Playa de los Alemanes

**Relatos de hoy**

**'El padre de Sebastián'**  
Por Fernando Ampuero

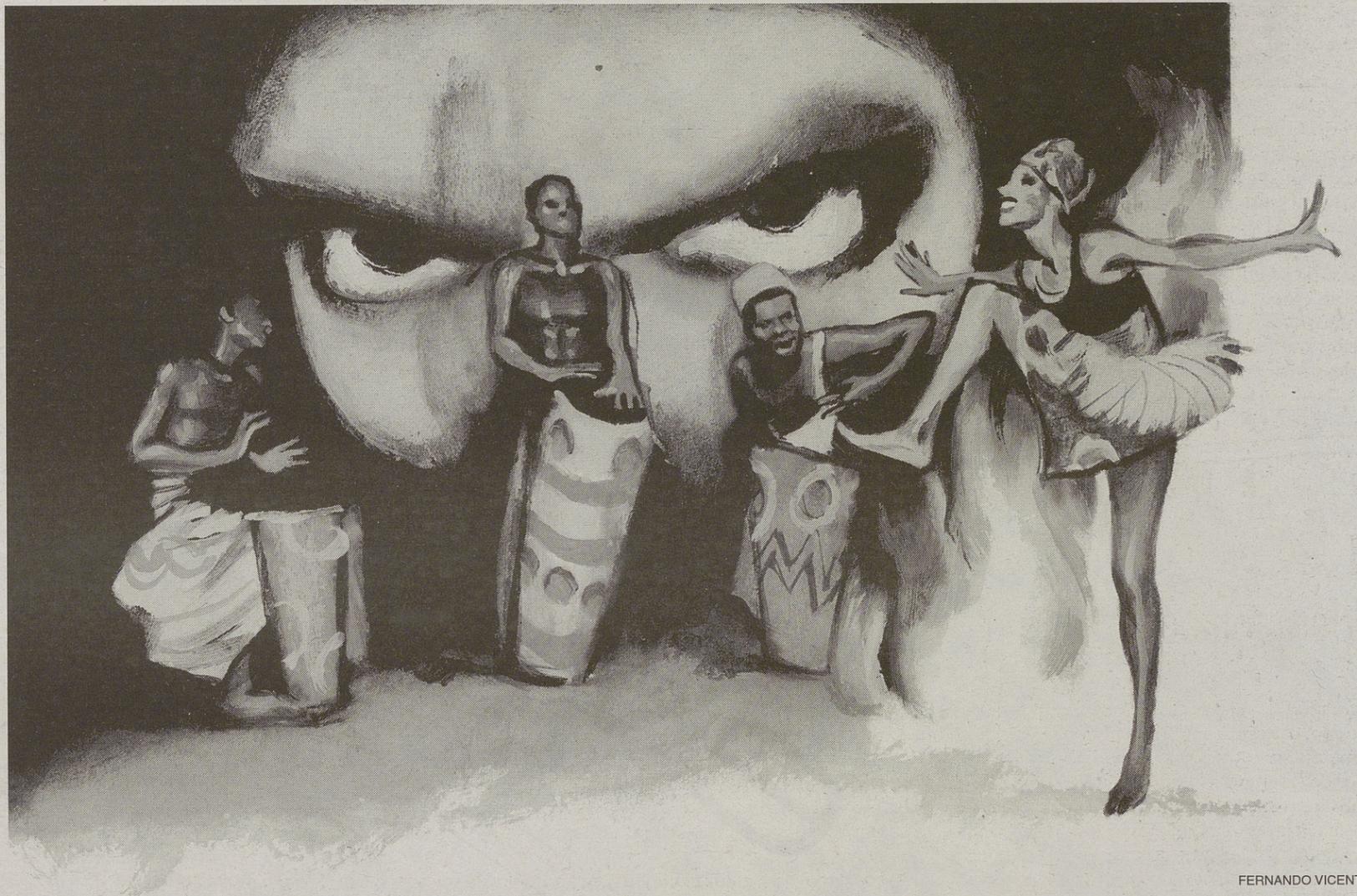
**'Un paraguas amarillo'**  
Por Guillermo Basutil

**'Todo un caballero de los que ya no quedan'** Por Isabel Cambor

## RELATOS DE VERANO

Eduardo narra una inquietante historia que le sucedió y que es también la de su hijo Sebastián. Éste, ante la sorpresa de todos, decidió ordenarse sacerdote y consagrar su vida a Dios. Tras tres años de rezos y estudios, llegó el gran día y Eduardo viajó a Santiago de Chile. El padre permaneció unos días en el convento y, cuando prosiguió su viaje de trabajo, estaba confundido. Todo se aclaró en una noche de magia en Río de Janeiro.

# El padre de Sebastián



FERNANDO VICENTE

por Fernando Ampuero

Si se trata de poner las manos al fuego por alguien, yo lo hago ciegamente por Eduardo. No hablo mucho con él, es cierto, pero sé que estoy ante una persona confiable. Eduardo, viejo amigo de mi familia, encarna la honestidad, y, para mayor abundancia, es sobrio, equilibrado, inteligente. De manera que si él, ahora, asevera que este asunto ha sucedido tal como nos lo cuenta, le creo sin reservas. Y es que, en definitiva, conozco un rasgo esencial de su personalidad: el escepticismo. Eduardo tiene los pies bien puestos sobre la tierra, da varias vueltas a las cosas, no se chupa el dedo.

La historia de Eduardo, un relato inquietante, es también la de su único hijo, Sebastián, quien ayer cumplió veinticinco años. Padre e hijo, pese al afecto que se prodigan, se ven poco. Eduardo trabaja en una transnacional del ramo farmacéutico, por lo cual viaja continuamente a países de América Latina, pero pasa regular tiempo en el Perú, su país natal. Sebastián, por su parte, vive en Chile. Siete años atrás se instaló en Santiago, para estudiar teatro, y, al cabo de unos pocos meses, dio un brusco golpe de timón a su destino. Sorprendiendo a parientes y amigos, ingresó a un seminario de curas jesuitas, decidido a consagrar su vida a Dios.

—¿A Dios?—preguntó entonces Eduardo, boquiabierto—. ¿Por qué diablos te quieres consagrar a Dios?

¿No deseas tener hijos?

—No, papá—repuso Sebastián—. Deseo tener hermanos. Deseo ayudar a la gente desvalida y dar consuelo al que no lo tiene.

“Cosa rara”, gruñó en aquellos días su padre. “Esto no ha sido un lavado de cabeza; mi hijo estudió en colegios laicos. ¿Qué diablos lo hizo cambiar? ¿El simple hecho de haber crecido en lo que muchos consideramos un aséptico ambiente racional?”

Lo cierto es que, tras años de rezos y estudios, llegó el día en que Sebastián debía ordenarse sacerdote. El convento extendió una invitación a su familia. La madre, víctima del cáncer, no podía dejar su lecho de enferma, pero el padre aseguró que acudiría. Justamente por la fecha del ordenamiento, Eduardo tenía planeada una gira de trabajo, con paradas en Buenos Aires y Sao Paulo, y apenas sí tuvo que modificar su agenda, separando dos días en Santiago.

Vestido con un traje oscuro, estoicamente resignado, Eduardo asistió a ese momento estelar en la vida de su hijo; e incluso, contra todo pronóstico, se emocionó: el tintineo del latín, el resplandor de los cirios, el enrevesado barroco de la iglesia del convento, y todo lo que de pronto viera y oliera en su torno, incienso, cera, efluvios misteriosos, hicieron más solemne y fascinante la sencilla ceremonia en la que doce jóvenes, descalzos, con sotanas blancas, irradiando fervor y tumbados bocabajo sobre el lustroso mármol del altar mayor, juraron para siempre renunciar a los placeres mundanos.

Enlazados del brazo, Sebastián y su padre cami-

naron más tarde por los jardines del convento. Y luego, transitando por umbrosos corredores, el muchacho se detuvo ante una celda. “Ven, papá”, sonrió con gesto luminoso. “Entra. Aquí, entre estas cuatro paredes, voy a pasar buena parte del resto de mi vida”.

Al oír aquello, según cuenta, el suelo tembló. Como sacudido por un vendaval, Eduardo reparó que su cuerpo convulsionaba de pies a cabeza; todo se volvió negro y perdió la conciencia.

Tres días después se enteró de que el tiempo que había estado inconsciente lo había pasado tendido en la cama de su hijo, atacado de fiebres altísimas, lo que se dice entre la vida y la muerte. Dos médicos de gran prestigio lo examinaron acuciosamente. Y ambos, para no correr riesgos, convinieron que evitaran moverlo, llevándole a la celda balones de oxígeno y otros auxilios hospitalarios.

Sebastián no se desprendió un momento de su lado. Los tres días de sudores, delirios y tercianas que padeciera su padre, se los pasó rezando en aquel recinto, de rodillas al pie de la cama, o sentado en la austera silla de su austero escritorio.

Hasta que, al alba del cuarto día, Eduardo despertó como si tal cosa. Ciertamente durante los primeros segundos, con expresión de extraviado, paseó la mirada de un lado a otro por el techo de la celda, sin saber qué hacía allí, pero al cabo descubrió el pálido rostro de su hijo, con los ojos cerrados, murmurando oraciones.

—Sebastián— balbuceó.

El muchacho abrió los ojos y se alegró de ver el

tranquilo y anhelado despertar de su padre.

—Papá.

—¿Qué me pasó?

—Has estado grave, papá —contestó Sebastián.

Casi de inmediato, el médico de turno, avisado a las carreras de la buena nueva, dijo con voz cavernosa lo que muchos doctores dicen cuando no saben qué decir:

—Creemos que ha sido un virus.

—¿Un virus?

—Bueno, sí, un virus desconocido —enfaticó—, de los que hay tantos en estos días. Sus síntomas se asemejan a enfermedades como la epilepsia, la insuficiencia cardíaca y el paludismo. Pero todo eso ha sido descartado. Quizá sólo haya sido una descompensación.

Eduardo fue internado en una clínica moderna, donde se le hicieron tomografías, sondeos y todos los análisis que le faltaban, y salió tan ignorante de su mal como había entrado, pues todos los médicos, sin excepción, confirmaron su perfecto estado de salud.

Perdió una semana de trabajo, de hecho, pero él supo arreglar las cosas. Hizo los telefonemas que correspondían y, tal como tenía previsto, ajustando jornadas aquí y allá, decidió continuar su gira.

La partida fue de veras sentida. Se despidió de Sebastián con el abrazo más cariñoso que le había dado nunca. “¿Cuándo lo veré otra vez?”, se dijo en su fuero interno. “¡La vida nos lleva ahora por caminos tan diferentes!”. Y al subir la escalinata del avión, percibió un escozor en los ojos y hasta el tenue rodar de una lágrima.

A Buenos Aires llegó al mediodía. Se concentró en sus deberes desde el primer minuto y, en lo con-

taurantes exclusivos —Silvinha, la esposa de Joao, era una distinguida socialité carioca —y, para cerrar la noche del sábado, a fin de impresionarlo, no faltó la propuesta de un baño de miseria y folklore: una incursión antropológica.

—¿Estás interesado en una favela, Eduardo? — le preguntó Silvinha—. ¿Te gustaría ver una macumba?

—¿Qué me vas a mostrar? — rió él—. ¿Bailes y magia para turistas?

—Algunos turistas se cuelean, es cierto —admitió su anfitriona—, pero el lugar adonde iremos es serio. Hay una familia que hace ritos de macumba por varias generaciones. Son hijas de mi mayordomo, dos mujeres tan gordas que cuando las veas no lo vas a creer.

A las diez de la noche, Eduardo, Joao, Silvinha y otras parejas del séquito, incluyendo a tres fornidos guardaespaldas discretamente camuflados, ingresaron a una hacinada favela. Todos iban ataviados con jeans y polos, y, por supuesto, despojados de relojes y adornos superfluos (aretes, sortijas, pulseras o cadenas de oro), pues se trataba de un barrio reo, de lo más peligroso. Se dirigían a una explanada de tierra rodeada de casuchas, en lo alto de una colina.

Joao le hizo notar a Eduardo el resplandeciente collar de luces de las playas de Río. Hacía una fresca noche de luna. La macumba, por cierto, ocupaba la explanada: un espacio cuadrado en cuyos cuatro contornos se alzaban tribunas de rústicos tablones, de seis filas cada una, donde el público apiñado se sentaba a mirar.

Recibidos por el viejo sirviente de Joao y Silvinha, fueron ubicados en un lugar preferente, en la tribuna central.

“Magia con excesivo público”, chistó Eduardo me-

esos pobres bichos de corral pegadas (o sería mejor decir emplastadas) en pecho, espaldas, muslos y pantorrillas, aulló en lenguas paganas, y, abriendo horizontalmente los brazos, comenzó a correr en círculos por la explanada.

La gente chillaba de terror, y él, en respuesta a esta reacción, se acariciaba feliz las puntas de los cuernos. A ratos daba de alaridos como un loco, a ratos cuchicheaba al oído de una danzarina que desfallecía, a ratos amenazaba con gestos obscenos a las tribunas.

Silvinha moría de nervios cuando el diablo gritaba, y de hecho contagió a Eduardo y Joao, los más cercanos del séquito. Ellos estaban inmóviles en su sitio, sin decir palabra. Tenían los ojos abiertos como platos y miraban absortos las evoluciones del diablo. Pero en una de éstas, el batir de los tambores se detuvo súbitamente, y todos, el diablo y las danzarinas de las comparsas, quedaron paralizados por cinco segundos. Entonces, en medio de la explanada, Eduardo registró un violento cambio de expresión en la cara pintarrajeada del diablo. Y éste, que estaba a unos veinte metros de distancia, se volvió a su vez hacia la tribuna donde ellos se encontraban y permaneció contemplando al público.

—Nos mira a nosotros —susurró Silvinha.

—¿Tú crees? —dijo Eduardo.

—Nomás mira a toda la gente —terció Joao, haciéndose el risueño.

Los tambores tronaron de nuevo y las danzarinas, con los ojos en blanco, reanudaron sus danzas. Pero el diablo, ahora, ya no las asediaba. Ahora caminaba mas bien hacia la tribuna, a largas y lentas zancadas, como en cámara lenta, y mantenía, o parecía que mantenía, la vista fija en Eduardo. Él, y todos los que estaban a su lado, se percataron de aquella mirada. Eran unos ojos penetrantes, de una negrura profunda y con los blancos enrojecidos. El diablo siguió aproximándose y, sin despegar la mirada, estiró un brazo y comenzó a señalarlo una y otra vez con un dedo.

—¡Tú, hombre! — prorrumpió con voz resonante y en perfecto castellano—. ¡Tú te me escapaste!

Eduardo sintió de pronto que no podía respirar. A un metro de él, sudoroso y salival, apuntándolo directamente con su mano de uñas sucias, el diablo luchaba por contener su furia.

—¡Esta vez te me escapaste! —repitió—. ¡Si no fuera por Sebastián, hoy estarías conmigo! ¡Sebastián te salvó! ¡Te me escapaste, hombre! — y luego se alejó con el trote de un animal montaraz, volviendo a asediar a las danzarinas.

Jadeantes, desconcertados, Joao y Silvinha observaron a su invitado, indagando:

—¿Qué fue lo que dijo? ¿Te habló en español, no?

Eduardo, sobrecogido, tosió para disimular. Y en un instante pensó en muchas cosas: las fiebres, las distancias, los idiomas diferentes; recordó el momento exacto de su despertar en el convento de Chile, cuando vio a su hijo rezando, hincado al pie de la cama; recordó, desde luego, que no le había comentado a nadie el incidente. Se hizo el desentendido. “No sé qué cosas habló ese hombre disfrazado”, dijo. “No le entendí bien”.

Pero indudablemente Eduardo había entendido todo, había comprendido cada una de aquellas endemoniadas palabras.

#### EL AUTOR

Fernando Ampuero nació en Lima, Perú, y es cuentista, novelista, poeta, dramaturgo y periodista. En España se ha difundido su novela *Caramelo verde* (Seix Barral, 2003) y *Cuentos escogidos* (Alfaguara, 1998). Entre sus más celebrados volúmenes de cuentos destacan *Malos Modales* (1994), *Bicho raro* (1996) y *Mujeres difíciles, hombres benditos* (2005). De esta última colección es el cuento que aquí publicamos.

## “ El portugués de Eduardo no era correcto, aunque se las ingeniaba para hacerse entender ”

cerniente a su salud, cuando alguien lo interrogaba, ya sea por cortesía o por una real preocupación, dio respuestas sin el menor relleno. “Fue un virus desconocido”, repitió el subterfugio de los médicos. “Un malestar pasajero”. (En lo que tocaba a su vida privada, su actitud mantenía una línea inflexible: reserva máxima; no dar la lata hablando de uno mismo; nunca aburrir a la gente “describiendo tus enfermedades”).

Ilustró a la plana mayor de la filial porteña con sus directivas sobre promoción y nuevas estrategias de venta —lanzaban al mercado productos para el cuidado de la piel—, e incluso, antes de embarcarse al Brasil, concedió una conferencia de prensa en el aeropuerto.

Algo similar haría en Sao Paulo. Dos días consecutivos trabajó a tiempo completo, y esta vez, acerca de lo ocurrido en Chile, no dijo ni pío, pues su retraso se atribuyó a una postergación de rutina. Quedó ronco de tanto parloteo. El portugués de Eduardo no era correcto, aunque se las ingeniaba para hacerse entender. “Este idioma es como un español mal hablado”, se burlaba él.

Y así, terminada su misión, el gerente de la filial paulista, Joao Milares, a quien hacía poco había conocido en Washington, lo invitó a pasar el fin de semana en Río de Janeiro.

—¡Tú tienes que conocer mejor mi ciudad! —le dijo—. El Laboratorio no lo es todo en la vida. Pasas demasiado tiempo encerrado en hoteles y aviones.

Eduardo aceptó. Junto a un alegre séquito de íntimos, Joao lo paseó por la bella capital del más desenfrenado carnaval del mundo, yendo a playas y res-

neando la cabeza. “No parece tan serio como me dicen”.

Pero igual se sentía inquieto. Y es que el ambiente hervía de sombras movilizadas y gemidos perturbadores. Una multitud bailaba y cantaba deambulando por el piso terroso, flanqueada de antorchas y músicos, así como de niños que cargaban pollos con ambas manos. Las comparsas, muchachas negras en trance, danzaban y giraban frente a las dos mujeres gordas, que recién ahora Eduardo veía.

Ellas presidían el ritual. Eran unas moles hieráticas, vestidas de blanco, con cofias blancas, doña Jacinta y doña Berta, las dos sentadas en poltronas de mimbre. Con ligeros ademanes, daban indicaciones. Y cuando se dirigían a los músicos, el ritmo de los tambores se tornaba frenético, y alguien, con gritos desgarrados, pronunciaba nombres de divinidades africanas e indígenas, o bien de santos cristianos, mientras por algún lugar, entre la multitud y las tribunas, entraban otras hileras de cimbreadas muchachas.

Eduardo vio a unos niños decapitando pollos y manchando con sangre a las comparsas y demás participantes.

Y todo continuó más o menos chocante y pintoresco hasta que, irrumpiendo con un brinco espectacular, apareció el diablo.

—¡Exú, Exú, Exú!— bramó entonces la muchedumbre que se hallaba en las tribunas.

Un negro alto y semidesnudo, cubierto con tarrabos, con pintas blancas en la frente y en las mejillas, con cuernos y cola roja, y con todo el cuerpo bañado en sangre de pollo pero con las plumas de

# El Argonauta

Suplemento cultural de **Diario de Ávila**

**TODOS LOS VIERNES con su periódico**

## RELATOS DE VERANO

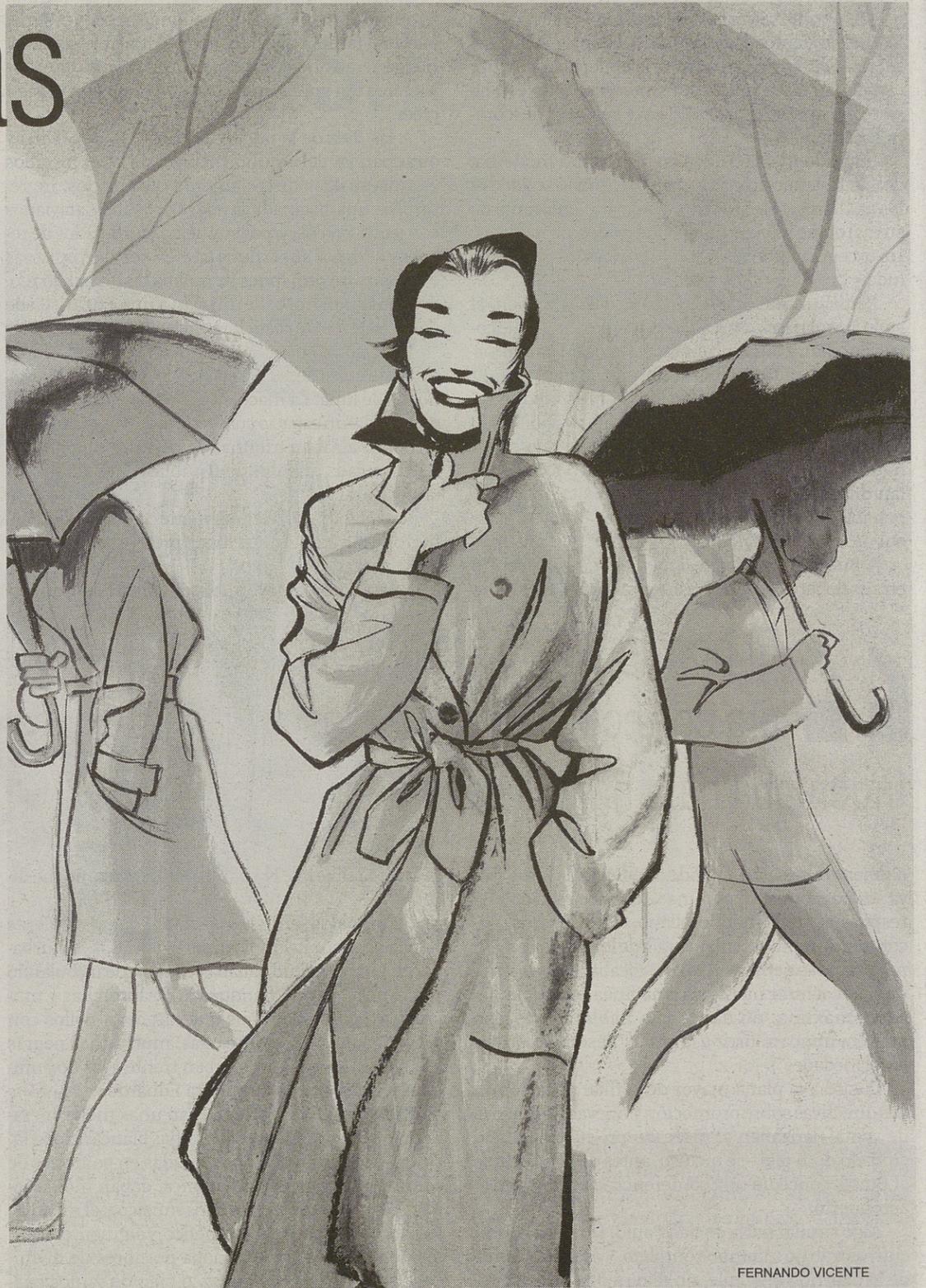
La ciudad es un círculo que es rodeado cada cinco minutos por autobuses amarillos. En ellos viaja cuatro veces al día Jacinto Bécquer. Un día lluvioso, y mientras oía dentro de su cabeza la melodía de 'Los paraguas de Cherburgo', se fijó por primera vez en la mujer del paraguas estrafalario, María Noé. Deseó reencontrarse con ella, y así sucedió numerosas veces. Los paraguas sirven para darle la vuelta al amor en los días de intensa lluvia.

# Un paraguas amarillo

por Guillermo Busutil

El amarillo es la línea que circunda la ciudad, con un intervalo de cinco minutos y un recorrido que dura tres cuartos de hora. También, claro está, el amarillo es el autobús que Jacinto Bécquer coge cuatro veces al día, desde hace tres años y seis meses más cuatro días, para ir de casa al trabajo y del trabajo a casa. Un trayecto durante el que el contable del Centro Waterloo, donde acuden jóvenes y adultos a jugar con las recreaciones de batallas históricas en maquetas con todo tipo de detalles, lee el periódico gratuito, se deja envolver por las alucinaciones musicales que padece y piensa que, pese a tener una rutina confortable, echa de menos que un día, en uno de esos cuatro viajes a bordo del TM3 amarillo, ocurra algo inesperado. Algo que desea ardientemente pero que le parece imposible que pueda sucederle. Aun así continúa esperando que María Noé tome asiento a su lado y que él pueda, después de ordenar en su cabeza las palabras que siente, sacar a escena una frase que suene espontánea y que proque que ella empiece a enamorarse.

La primera vez que Jacinto Bécquer vio a la mujer de los paraguas, japoneses, kischts, de madera, de aluminio o automáticos, fue un lunes en el que la lluvia había llegado del oeste y en el que las regiones del cerebro, que procesan la música, habían convertido los impulsos ocasionales y fortuitos, generados por redes defectuosas de su cortex, en la melodía de *Los paraguas de Cherburgo* orquestada por Michael Legrand. Una canción que le empujó a refugiarse en el bisbiseo de la llovizna contra la ventanilla del autobús y detener su mirada en una mujer que caminaba bajo un paraguas Ascot de nylon naranja. Tendría unos cua-



FERNANDO VICENTE

renta años, su abrigo abollonado de lana negra entallaba la madurez elegante de su cuerpo enjuto y su mano izquierda movía con delicada soltura la sombrilla, al cruzarse con otros quitasoles cuyos propietarios manejaban con torpes encontronazos. En ese instante, en el que la calle se enturbiaba de sonidos que salpicaban estridentes y mojados, imaginó que ella era una hermosa fotografía borrosa con algo de frío en los labios y poca prisa por llegar a alguna parte. Luego, el TM3 giró en la rotonda de Cabo Blanco, dirección Estrecho de La Estrella, impidiéndole distinguir a la mujer que le había causado una agradable impresión visual y el deseo de reencontrarse con ella.

Durante los siguientes días, Jacinto Bécquer aguardó impaciente y desde la ventanilla, en la que la lluvia suele tener el color de los recuerdos, a que apareciese en cualquier orilla urbana la imagen de la mujer del paraguas. Pero durante el trayecto del colectivo únicamente vio al abuelo que cada jornada y a la misma hora subía en la esquina de Faro Merino, para recorrer la ciudad en busca de su juventud perdida, a los habituales usuarios del trayecto y *los girasoles* de Van Gogh, apartando la pasión transitoria de una pareja besándose bajo el diluvio. Incluso una tarde, en la que le explicaba a su jefe los beneficios obtenidos por el nuevo taller de técnicas de pintura de miniaturas, tuvo la impresión de haber visto a la mujer desconocida mirando la escenografía de la batalla naval de Trafalgar recreada en el escaparate. Sin embargo, el sábado, cubierto por el alto oleaje de las nubes en las que viajan las borrascas, la encontró sentada en la marquesina de Cabo San Lucas, tamborileando, abstraída, los dedos sobre la cubierta de un libro y con un paraguas francés apoyado en el banco.

“ Tendría unos cuarenta años, su abrigo abollonado de lana negra entallaba la madurez elegante de su cuerpo enjuto ”

Al verla su corazón se aceleró, haciéndole olvidar que acababan de inyectarle marcadores radioactivos en el torrente sanguíneo para averiguar por qué el tratamiento con Aziz mg12 no espaciaba más sus alucinaciones musicales y, por unos segundos, sintió que no era ingenua su pretensión de acercarse y advertirle de que ese día la lluvia vendría por el norte. Era fácil saberlo porque primero había llegado el viento que remueve los grises de la ciudad, después un olor triste flotando en el aire y hacía un rato que un plácido e ingrátido silencio auguraba la cercana irrupción de tímidas gotas de agua, que enseguida enloquecerían en tromba contra el asfalto. Quiso acercarse y explicarle todo aquello pero, en ese justo instante, apareció una enojada señora llamando María Noé a la mujer del paraguas con la que se puso a conversar. Así que él sólo pudo decir, mirándola de soslayo, que el TM3 estaba llegando. Ellas le dieron las gracias y Jacinto Bécquer les cedió la entrada, colocándose después a una distancia cercana que, al mismo tiempo que oía la música del saxo de Jove Lovano sonando dentro de su cabeza, le permitía fijarse en los tonos añiles del pelo moreno y largo de la mujer del paraguas, recogido a un lado y descansando lánguidamente sobre el omóplato derecho.

Un mes más tarde, Jacinto Bécquer había contabilizado, en quince, las veces que él y María Noé compartieron una parte del trayecto del TM3 o aquellas otras en las que la había descubierto cruzando un paso de cebrá, subiéndose en la parada del Estrecho Vespuccio, después de sacudir la lluvia de un Vogie azul de varillas redondas, o saliendo del cementerio inglés entre otros paraguas

nales y explícitas miradas que ambos se habían cruzado, ella era consciente de que la línea amarilla los convertía en extraños compartiendo, fuertemente, pequeños instantes de sus vidas. Incluso, Jacinto Bécquer llegó a creer que los días en los que coincidía con ella, todo le salía a pedir de boca y que, de no ser así, los números se le atragantaban al llevar la cuenta de sus viajes en el TM3 o al cuadrar en redondo la contabilidad del Centro Waterloo. También, al afeitarse frente al espejo, no le resultaba difícil imaginársela pintándose los labios frente a otro espejo, como tampoco lo era el desear que ella fuese el alma gemela con la que armar un saludable matrimonio feliz. Aquella obsesión emocional, junto al hecho de haberla visto una noche con un paraguas iluminado desde su interior por una brillante luz blanca, le empujaron a consultarle al doctor Neuman si había la posibilidad de que María Noé fuese un fantasma creado por cualquier otra disfunción de su mente. Después de todo, la primera vez que la había visto, en su cerebro sonaba la música de *Los paraguas de Cherburgo*. Interrogantes a los que el médico argentino respondió que lo de la luz se debía a la existencia de un modelo que tenía una bombilla de Krypton resistente al agua y que lo de la mujer sólo podía saberse si al besarla, en lugar de sentir una gratificante sensación mental, experimentaba una ingobernable reacción física. Lo único más real que una alucinación.

Veintiún mil seiscientos segundos después del último encuentro, Jacinto Bécquer no había vuelto a encontrar a María Noé. Ni en las calles por las que él transitaba andando ni a bordo del paraguas amarillo que redondeaba la ciudad, du-

duvo hacia los asientos libres al fondo del autobús, donde ella se acomodó con el paraguas resguardado entre sus piernas pero permitiendo que respirase hacia fuera la llovizna que tenía dentro, mientras él pensaba que aquel silencio húmedo era la incalculable distancia que los separaba pese a estar juntos en el mismo espacio de su sueño. Sin embargo, tres miradas a hurtadillas y comunes más adelante, Jacinto Bécquer no reprimió el impulso de acariciarle la mano, posada sobre el mango de la sombrilla, y envolverla con la suya. Al sentir el afectivo contacto, María Noé, enfrentándole una explícita sonrisa que parecía responder a una pregunta incompleta, recostó los añiles de su pelo negro sobre el hombro del hombre al que, hasta ese instante, había creído un fantasma. Al hacerlo, escuchó en su cabeza a Jacques Demy cantando la letra de *Los paraguas de Cherburgo*.

Ahora, mientras el ómnibus convierte la ciudad en un círculo amarillo, usted está mirando el respaldo del asiento que tiene delante y donde hay inscrito un corazón a llave. Un dibujo enamorado al que atraviesa una flecha que parece una varilla de acero y cuyo extremo izquierdo es un número. El 3516. Seguramente esa cifra no le dice nada, aunque tampoco evitará que usted no se distraiga pensando acerca de la edad de la pareja, en cómo se llamaban, qué aspecto tenían o en qué parada se besaron. Pero lo que no imagina es que, bajo su asiento, tal vez haya un sorprendente objeto impermeable. Un paraguas, con el que darle la vuelta al amor en un día de lluvia.

#### EL AUTOR

Guillermo Busutil (Granada, 1961). Escritor y periodista con una amplia trayectoria profesional, iniciada en 1979, ejercida en prensa, radio y televisión, especializada en la información cultural, la crítica literaria y de arte, así como en el columnismo. Como escritor ha publicado los libros de relatos *Los Laberintos Invisibles* (1986), *Confesiones de un criminal* (1990), *Marron Glacé* (1999), *Individuos S.A.* (1999), *Drugstore* (2003) y *Nada sabe tan bien como la boca del verano* (2005). Sus cuentos han sido recogidos en las antologías *Lo que cuentan los cuentos* (México 2001), *Pequeñas Resistencias* (Páginas de Espuma 2002), *Cuentos al Sur* (2002), *Relato Español Actual* (Fondo de Cultura Económica 2003), *Narrativa española contemporánea* (2004) y en *Cuentos Policiacos. Tinta y Pólvora* (Páginas de Espuma 2005). A lo largo de su trayectoria ha publicado en numerosas revistas internacionales como *Renacimiento*, *Bitzoc* y *Zut* entre otras. También ha participado en las novelas colectivas *El Nadador* (Arguval 1997) y *¿Quién teme a Papá Noel?* (Miguel Gómez ediciones 1998).

#### DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

**Kitsch:** Dicho de un objeto artístico: pretencioso, pasado de moda y considerado de mal gusto.

**Córtex:** Es la materia gris encontrada en todas las áreas mayores del cerebro. Es la parte más voluminosa del sistema nervioso central, que se puede imaginar como el correlato neuronal para el pensamiento. La mayoría de las funciones cognitivas más avanzadas suceden en él.

**Jove Lovano:** Nacido en Cleveland (Ohio, 1952), toca el saxo desde niño. Está tan interesado en la composición como en la interpretación. Es considerado el mejor saxo tenor del mundo.

**Añil:** Color azul oscuro.

**Kriptón:** Gas noble raro en la atmósfera terrestre, se encuentra en los gases volcánicos y en algunas aguas termales. Se emplea en la fabricación de lámparas de fluorescencia.

“ Así que, olvidándose de ponerse su gabardina, salió a la calle donde caía un violento aguacero. Menos mal que a unos metros había una parada ”

negros, mientras él apuraba un White Label en el Café Magallanes haciendo esquina con el boulevard Nelson, donde estaba la Clínica Neuman especializada en trastornos musicales del cerebro. En cada una de aquellas ocasiones, ella llevaba un paraguas diferente, cuyos estampados eran el plano del barrio de Abadie y una panorámica aérea de Nueva York entre otros llamativos dibujos impermeables. Pero de aquella cuenta particular, lo mejor eran las ocasiones en las que, a bordo del TM3, Jacinto Bécquer había podido admirar el equilibrio de su figura geométrica, sujetándose con una mano a la barra de las puertas centrales y con la otra apoyada en el mango de una sombrilla Tyler de algodón inglés, lo bien que le sentaban las faldas a media pierna y su elegante manera de tener la mente en otra parte, posiblemente en el anticuario de su memoria o en un presente de pensamientos de paso. También pudo sentir de cerca el perfume de ámbar, muguet y amapola lauder que desprendía su cuello, hermoso y largo bajo el pelo aprehendido por un lazo formado por sus cabellos. Observaciones que le permitían intuir que María Noé era una mujer sensible, reservada, inteligente y con una belleza casi involuntaria que no escondía las huellas dejadas por el tiempo.

En aquellos trayectos, escudriñando los gestos de la mujer hacia la que sentía una creciente atracción, intentaba saber si, a juzgar por las ocasio-

rante tres cuartos de hora. De hecho, llegó a convencerse de que, teniendo en cuenta que a sus años se perdía el miedo al rechazo pero se ganaba en temor a hacer el ridículo, lo mejor era seguir instalado en una soledad confortable que él atribuía a la experiencia y a una serena actitud con la que encarar los imprevistos más molestos. Tal vez por eso, no le importó que su jefe le pidiera, a media mañana de un miércoles, que se acercase a recoger material del polígono cercano a la terminal de la línea TM3. Así que, olvidándose de ponerse su gabardina, salió a la calle donde caía un violento aguacero. Menos mal que a unos cuantos metros había una parada y, aunque no tenía marquesina, seguro que el colectivo no tardaría en llegar. Pero lo que no hubiese intuido nunca era que, de repente, un paraguas lo cubriese y sobre todo que, bajo el nylon con en el mapa de París estampado en verde voltaire, estuviese María Noé tendiéndole una mirada cómplice y un afectuoso saludo que le hizo sentir una secreta felicidad mojándole por dentro.

Antes de que les diese tiempo a intimar más allá de la conversación sobre las muchas veces en las que habían coincidido, y quién sabe si a cerca de lo que uno pensaba del otro, el TM3 se detuvo en la parada de Cabo de Hornos para que ambos lo abordasen, dejando atrás el intenso chaparrón que anegaba la ciudad. Jacinto Bécquer se ofreció entonces a pagar el billete de los dos y después an-

# DE MARCHA

Suplemento de ocio de **Diario de Ávila**

TODOS LOS JUEVES con su periódico

## RELATOS DE VERANO

La autora, en su divertido y trágico relato, nos presenta a un personaje femenino, que desde la infancia se cree enamorada del bandolero Curro Jiménez. El tiempo transcurre, pero su amor por él se agranda. En un tiempo de enfado entre ambos, ella se casa con Luis. Tremendo error, pues es ordinario y soez. Curro decide entrar en acción para impedir que el villano siga mancillando a su señora. ¿Qué le sucederá al hermano de su dama?

# Todo un caballero, de los que ya no quedan

por Isabel Cambor

**S**i hace unos meses me hubieran dicho que algún día iba a estar aquí, sentada frente a cinco amigos y facilitando sin pudor detalles sobre mis intimidades, les aseguro que me hubiera reído con ganas. Pero ya ven, aquí estoy, dispuesta a referir gustosamente una cuestión que no sé bien si por discreción o por recato, llevo ocultando más de diez años. Y tengo que decir que sienta de maravilla poder finalmente hablar de ello. No quieran saber las veces que estuve tentada de desvelar mi secreto, sin embargo no lo hice, nunca antes toqué el tema con nadie, salvo con mi madre y mi hermano y ni siquiera reaccionaron de forma debida.

Mi madre no pareció sorprenderse en absoluto el día que le dije que mi novio era Curro Jiménez.

—Me parece muy buena idea —fue lo único que se le ocurrió decir cuando le anuncié mi compromiso— Curro Jiménez es inofensivo, como el Guerrero del Antifaz.

Y añadió que no tenía aún edad para mirar a otro tipo de muchachos, que le parecía estupendo que me entretuviera con el bandolero de mis sueños. Y siguió planchando.

¿Y eso era todo lo que tenía que decir? ¿Pueden ustedes creerse que nunca más se interesó por la



FERNANDO VICENTE

evolución de nuestras relaciones? ¿Es acaso razonable que una madre se muestre tan indiferente? Confieso que ese amargo desinterés materno me ocasionó un hondo desasosiego del que nunca he terminado de reponerme, circunstancia que en su momento me llevó a tratar de refugiarme en mi hermano. Y en mala hora, pues nadie se ha mostrado conmigo nunca tan descortés como lo hizo él cuando le confesé el nombre de mi enamorado. No debió parecerle prudente nuestra relación pero la forma de oponerse fue tan brusca y grosera que me hizo derramar lágrimas de indignación. Aún recuerdo su cara de aprensión mientras me exigía que no volviera a repetir tamaña insensatez ¡Qué mal rato pasé! ¡Cuánta incompreensión!

Pero no voy a hora a dejarme arrastrar por el recuerdo de la poca delicadeza que mostró siempre mi familia hacia mí. Reconozco que tiendo a cul-

parles por todo, incluso a veces me tienta la idea de responsabilizar a mi madre por mi desacertado matrimonio con Luis. Pero ella no es culpable, debo reconocerlo. Lo cierto es que si acepté la propuesta que me hizo Luis y me casé, el único responsable es Curro. Se portó fatal conmigo cuando decidió marcharse a la Sierra sin avisar. Prefirió a sus hombres, prefirió el monte y sus diligencias prestas a ser desvalijadas antes que mi compañía. Tres meses me tuvo sin dar señales de vida. Y no es que yo sea vengativa, les doy mi palabra de que no, pero es que hay cosas que no se hacen. Además, esos tres meses Luis, muy conocido por su sentido de la oportunidad, no perdió el tiempo: aprovechó el resquicio de vulnerabilidad que me proporcionaba esa rencilla habida con mi novio para seducirme y llevarme al altar.

Cuando Curro se enteró puso el grito en el cielo. Y qué quieren, tenía razón el chico. Pero el mal ya estaba hecho.

Y no crean que no me arrepentí de aquel error garrafal. Vivir con Luis ha sido la experiencia más lamentable por la que he tenido que pasar. Siempre tan arrogante, siempre dejando sus calcetines tirados por el suelo. Nunca tuvo clase este Luis, no tenía ni idea de lo que significa ser un caballero. Qué diferencia con mi Curro, siempre tan atento,

“Nadie se ha mostrado conmigo nunca tan descortés como lo hizo él cuando le confesé el nombre de mi enamorado.”

incluso después de que yo le traicionara casándome con otro, incluso entonces siguió preocupándose por mi bienestar. Cuando se enteraba de los desagravios con los que Luis me ofendía, ponía a Dios por testigo de que iba a arrepentirse ese malandrín. Porque le llamaba así, malandrín y bellaco, y votaba a bríos que vengaría mi honor. Pues hay que decir que mi Curro, aunque sea un bandolero decimonónico sin apenas estudios, vota a bríos, como lo haría un caballero medieval, ya que la galantería y la gentileza se llevan en el alma, y él no puede ocultar esa caballerosidad que tanto le distingue y honra. Curro es todo un caballero, de esos que ya no quedan. Y actúa y se expresa en consonancia con esa naturaleza noble que felizmente posee.

—¡Vive Dios que no vivirá este truhán para contar la osadía de haberte mancillado!— clamó mi Curro en una ocasión en la que Luis se había excedido con sus insultos y humillaciones.

Resulta que yo había escrito una carta cuyo destinatario era Curro, y la había guardado en el bolso, imprudente de mí. Pues bien, Luis, que además de grosero era un cotilla, buscó entre mis cosas hasta dar con ella. Y no quieran saber ustedes cómo se puso. Montó en cólera, el muy ordinario. Como ya he indicado antes, mi esposo nunca fue un hombre distinguido ni gentil. Y pienso volver a indicarlo pues su vulgaridad no merece moderación: ¡Luis era un miserable! Loca, se atrevió a llamarme el infeliz. Loca y demente. ¡Fue tan doloroso escuchar esos vilipendios dirigidos con alevosía a mi persona! Afortunadamente, la esencia galante y caballerosa de Curro volvió a brillar en mi oscuridad.

Huí en cuanto tuve ocasión de los insultos de mi marido, y me refugié en los brazos enérgicos y protectores de Curro, el cual me llamó tontina mientras me arrullaba con delicadeza.

—Tontina—susurró en mis oídos con su voz imponente y profunda—, no te dejes abatir por ese malandrín indigno de ser tu esposo.

“Sagrado Corazón de Jesús,  
en vos confío, hacedme el favor  
de no permitir que Curro haga nada de lo que  
pueda luego arrepentirse”

Pero yo no podía evitar abatirme. Sólo una vez me han llamado loca en la vida, mi hermano, cuando hace diez años le hablé de mi amor por Curro. Y aun siendo mi hermano no le he perdonado jamás la afrenta, diez años hace que no le dirijo la palabra. ¡No esperaba Curro que pudiera perdonar a Luis, un hombre que osaba agraviarme de esa forma! Por supuesto Curro comprendió, como cabía esperar de él. Y como siempre, se dispuso a reponer mi honor. Y esta vez no se trataba sólo de palabras galantes, esta vez advertí un brillo especial en sus ojos cuando dijo aquello de vive Dios que no contarás tu villanía. Y no tengo más remedio que justificar su celo: ciertamente eran muchos ya las vilipendios que mi esposo me había dirigido, y debía definitivamente hacerse algo al respecto.

Sucedió esa misma noche. Llegué a casa nerviosa, recé un poco, Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío, hacedme el favor de no permitir que Curro haga nada de lo que pueda luego arrepentirse. Pero ya era tarde para rogar. Las ansias de desagravio de un bandolero henchido de amor por su enamorada eran ya imparables.

Luis llegó temprano. Lo primero que hizo fue tirar sus calcetines por los suelos. Me miró con sus

“Hay que decir que mi Curro, aunque sea un  
bandolero decimonónico  
sin apenas estudios, vota a bríos como lo  
haría un caballero medieval”

ojos congestionados como los de un batracio y empezó sin dilación a hacer referencias a la dichosa carta que había descubierto, en cuyo reverso figuraba el nombre de mi amado Curro Jiménez. Me dijo que había hablado con mi hermano, y seguidamente nos insultó a los dos. Por lo visto mi hermano era un puerco por no haberle avisado y haber permitido que él se casara conmigo.

—¡Porque tu hermano lo sabía!—gritó como un verdulero— ¡Sabía que estabas loca y sin embargo no me advirtió, permitió que me casara contigo!

Otra vez estaba ultrajándome. Otra vez gritando y ostentando su falta de distinción. Luis siempre fue así, venga a gritar sin mesura, como grita la chusma enardecida. Nunca supo lo que eran los modales, no tuvo jamás ni una pizca de clase, no conoció el buen gusto ni mucho menos la caballerosidad. Tiraba los calcetines al suelo y gritaba, eso era lo que mejor sabía hacer.

Volví a invocar al Sagrado Corazón. No permitáis, Oh, Dios, que llegue a oídos de Curro las ofensas que me dirige esta criatura innoble. Sé que no lo toleraría y en consecuencia podría suceder cualquier catástrofe.

Pero, como he dicho antes, ya era tarde para este tipo de reflexiones. Allí estaba él, vestido de negro, con su manta serrana descendiendo por los hom-

bro y su daga brillando al cinto. Se había deslizado sin ruido por la ventana, como sólo un caballero sabría hacer, uno de esos caballeros que ya no se encuentran.

No pude hacer nada, él se encargó de todo, me apartó suavemente y me llamó frágil doncella.

—Apartad, frágil doncella—susurró—. Y con sus fuertes brazos me depositó donde no pudiera alcanzarme la salpicadura de la sangre que era preciso derramar para restablecer el honor mancillado.

Y hacia él fue, sin dar tiempo a Luis siquiera a reparar en su presencia, allí estaba, ahí, el muy rufián, vociferando como si no fueran dirigidas sus palabras a una dama como yo, sino a una mula de carga.

—¡Loca!—gruñía.

Entonces la daga de Curro se hundió en el cuerpo inmundo del villano. Luis rodó hasta el suelo como una montaña de escombros. Desde arriba, en una majestuoso plano contrapicado, recibió Curro la mirada última de Luis, de bruce, la boca de pescado agónico abriéndose y cerrándose con desesperación. El último estertor se vio ahogado por la voz solemne del bandido de Sierra Morena, que como siempre, tenía la última palabra.

—Aquí terminan tus villanías, infame Luis. Nadie mancilla el honor de mi señora y vive para contarlo.

Entiéndanme, amigos, no es que yo me alegre de la muerte de Luis, tal vez con un buen susto habría habido suficiente, pero así es mi Curro, implacable ante las insolencias que se dirijan a mí. Y yo no puedo evitar que el vello se me ponga de punta cuando recuerdo esa voz grave poniendo punto final a los desagravios del mamarracho de Luis. Pero es cierto que no me alegro de que corra tanta sangre, ni siquiera para salvar mi honor. Y para probarlo, les diré que de hecho ahora estoy tratando de disuadir a Curro de que vuelva a cometer la insensatez de salvar de una forma tan extrema mi honor. Pretende, mi amado caballero, restablecerlo haciendo pagar a mi hermano por la villanía de haberme encerrado aquí. Porque, eso sí, hay que reconocer que mi hermano es un verdadero villano. Me explico:

Cuando la policía me preguntó si tenía algún cómplice, pues no se explicaban de dónde había sacado yo la fuerza para hundir tan profundamente el cuchillo, decidí decirles la verdad: ¿qué otra cosa podía hacer? Igualmente hubieran acabado enterándose.

—No fui yo—expliqué finalmente—: fue Curro Jiménez.

Los policías quedaron estupefactos, sin palabras, como es lógico, debido al asombro que les debió ocasionar el encontrarse ante la hazaña de tan insigne personaje. Sin embargo, mi hermano, probablemente envidioso por las proezas de mi héroe, quiso vengarse y se apresuró a convencer a la policía de que había sido yo quien había matado a Luis. Y claro, por culpa de semejante calumnia aquí me encuentro yo. Y no crean que yo estoy mal aquí entre ustedes, entiéndanme, si no fuese por la cantidad de pastillas inútiles que me obligan a tomar los médicos, tan incómoda no estoy. Y estas reuniones tan curiosas a las cuales los jefes de aquí llaman terapias, y que celebramos los lunes y miércoles reconozco que resultan muy encantadoras y provechosas. Sin embargo Curro no está de acuerdo en que me tengan aquí encerrada y parece decidido a darle su merecido a mi hermano. Sé que tiene la daga preparada. Quiere hacerlo este domingo, cuando venga la familia a sacarme de paseo. Intentaré convencerlo de que no lo haga, pero ya se sabe como es este chico cuando se trata de salvar mi honor: todo un caballero. De los que ya no quedan.

#### LA AUTORA

Isabel Cambor es licenciada en Filosofía y Letras y diplomada en Psicología. Ha colaborado con prensa y crítica literaria y ha publicado relatos y artículos en diversos medios desde 1998. Su primera novela, *Perdona el desorden*, fue reconocida por el jurado del premio Joven y Brillante, con *Mistela con Aristóteles* (Algaida, 2002) resultó finalista del IV premio Río Manzanares. Su tercera novela, *Maldita Cenicienta* (Algaida, 2005), ha sido traducida al alemán y el francés.

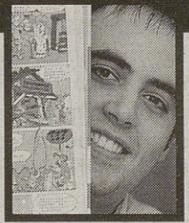
La RONDA de Ávila

Suplemento de turismo de **Diario de Ávila**

**TODOS LOS VIERNES con su periódico**

ÁVILA, CIUDAD DEL CÓMIC | ANTONIO SÁNCHEZ

En nuestra segunda entrega de esta sección dedicada al mundo del cómic, haremos un recorrido por una de las fuentes de éxito más importantes en todo el mundo de las historietas que se realizan en Estados Unidos. Conocidos en todos los rincones de este planeta en el que vivimos son todo el conjunto de superhéroes que han surgido, principalmente, de dos editoriales: Marvel y DC Comics, las cuales crearon toda clase de personajes que hoy día nos resultan muy familiares y que pasarán a la posteridad. Esta será nuestra única parada dentro del mercado del cómic del país de las barras y estrellas, antes de trasladarnos al viejo continente para conocer su tradición en el arte de las viñetas, destacando la figura del joven aventurero Tintin, que el próximo año celebrará su 50 cumpleaños.



# La grandeza del superhéroe

Las editoriales norteamericanas Marvel y DC Comics han creado un elenco de superhéroes que ya son parte de la historia de todos nosotros



Los superhéroes son protagonistas clave de la historia del cómic mundial. Estados Unidos es el país que ha creado los más emblemáticos a través de dos importantes compañías editoriales, Marvel y DC Comics. Superhéroes que, con el paso de los años se han llegado a mitificar y que hoy día, nos son a todos extrañamente familiares.

**MARVEL.** Esta editorial de cómics norteamericana fue fundada por Martin Goodman en el año 1939 bajo el nombre de Red Circle Comics, e iría evolucionando hasta el actual. A comienzo de la década de los sesenta, Stan Lee, junto a un grupo de excepcionales artistas encabezados por Jack Kirby y Steve Ditko, dieron forma al mayor universo de ficción jamás creado. Superhéroes introducidos en un mundo de fantasía e imaginación que, por otro lado, se acerca en gran medida al realismo y la cotidianidad en la que vivimos.

En sus orígenes, el personaje más popular que se creó fue el de *El Capitán América*. Este claro ejemplo de la soberbia norteamericana cuenta la historia de un hombre que decide alistarse en el ejército de su país para combatir a los nazis. Su condición física le impide entrar y se somete a unos experimentos que le convierten en un supersoldado experto en la estrategia para el combate.

En 1961, Stan Lee y Jack Kirby creaban otra importante serie, *Los cuatro fantásticos* (Fantastic Four). Un equipo de cuatro superhéroes basados en los cuatro elementos griegos clásicos: tierra (La Cosa), fuego (La Antorcha Humana), viento (La Mujer Invisible) y agua (Mister Fantástico). Su origen se remon-

ta a un viaje en un cohete experimental que atraviesa una tormenta de rayos cósmicos en su vuelo de prueba.

Al aterrizar los pasajeros descubren las nuevas habilidades que poseen y que destinarán a combatir el mal.

Un año más tarde, el mismo Stan Lee y Steve Ditko, darán vida al mítico *Spiderman*, superhéroe surgido del odio hacia el crimen de un joven, Peter Parker, después de que un ladrón asesinara a su tío. Como el resto de los héroes, la experimentación y la radioactividad son el origen de sus poderes. En el caso de Parker, por la picadura de una araña en una visita científica, que le otorgará el famoso 'sentido arácnido', además de fuerza, reflejos o la habilidad de trepar por las paredes.

En el año 1963, los mismos que dieron vida a Los Cuatro Fantásticos, crearon otro equipo mítico de superhéroes, los *X-Men* ó Patrulla X, basados en el conocido como 'Sueño de Xabier', es decir, la integración de los mutantes en una sociedad humana que los teme y que a la vez necesita de su protección. Bajo esta premisa, los míticos Lobezno, Tormenta, Ángel, Cíclope, Profesor X y un largo etcétera, deberán luchar contra otros mutantes que pretenden someter a la especie humana, liderados por el malvado mutante Magneto.

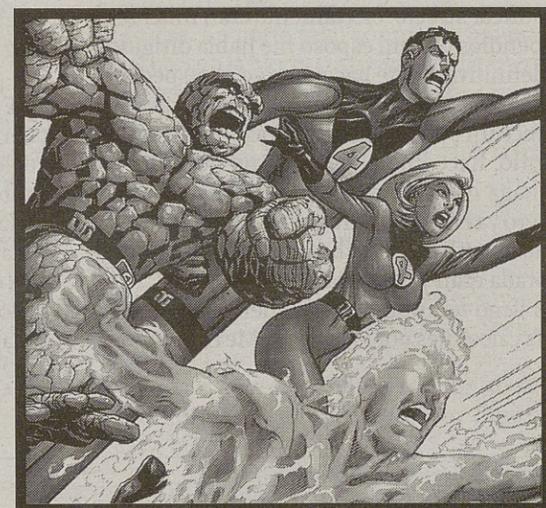
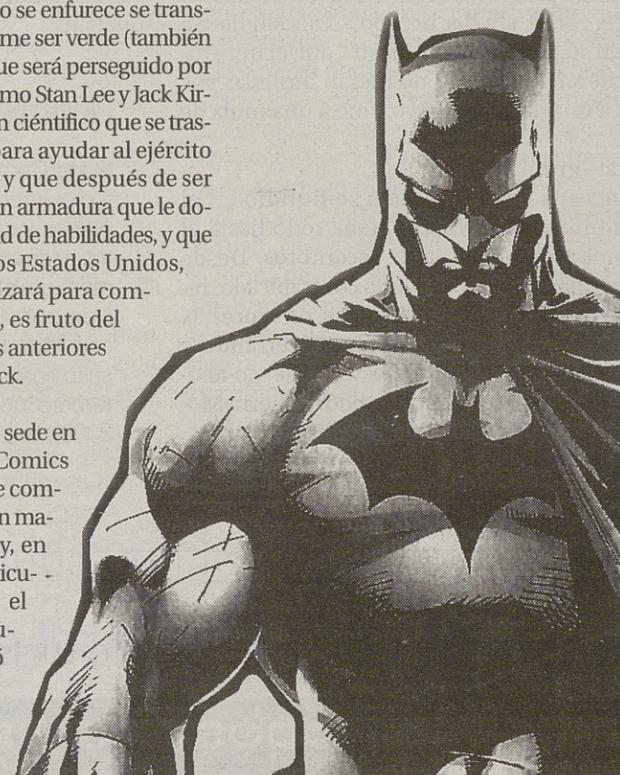
Además de los anteriores, hay que añadir otros muchos, como *Daredevil*, el superhéroe ciego con poderes altamente desarrollados creado por Stan Lee y Bill Everett; *Hulk*, un monstruoso personaje inspirado en la historia de 'El extraño caso del Doctor Jekyll y Mister Hyde', que cuando se enfurece se transforma en un enorme ser verde (también llegó a ser gris), que será perseguido por el ejército, del mismo Stan Lee y Jack Kirby; o *Iron Man*, un científico que se traslada a Vietnam para ayudar al ejército estadounidense y que después de ser capturado, crea un armadura que le dota de gran cantidad de habilidades, y que ha su regreso a los Estados Unidos, tras escapar, utilizará para combatir el mal. Este, es fruto del trabajo de los dos anteriores autores y Don Heck.

**DC CÓMICS.** Con sede en Nueva York, DC Comics es la editorial que compete con Marvel en materia de cómics y, en nuestro caso particular, por liderar el ranking de los superhéroes. Surgió de la unión de tres compañías: National Allied Publi-

cations, Detective Comics y All-American Publications, para fusionarse las dos primeras en National Comics en 1930 y en DC Comics en 1945, con una segunda fusión.

Su personaje más emblemático, el primer superhéroe creado, fue *Superman*, de Joe Shuster y Jerry Siegel. El hombre de acero, icono de la cultura pop, que viste de azul y adornado con una capa roja, fue el último hijo del planeta Krypton, que fue enviado a La Tierra en el momento de la destrucción de su planeta y fue adoptado con el nombre de Clark Kent. Una vez descubiertos sus poderes, capacidad de volar, fuerza sobrehumana, visión de rayos X y un largo etcétera, se convertirá en un superhéroe, icono norteamericano, cuya función será luchar contra el crimen en la imaginaria ciudad de Metrópolis.

La otra gran figura de DC Comics es *Batman*, creado por Bill Finger y Bob Kane en 1939. Héroe alado y oscuro que lucha por el bien en la ciudad de Gotham, mientras vive una vida de negocios encarnada en la figura de Bruce Wayne. Éste se convirtió en Batman tras presenciar el asesinato de sus padres y aprender toda clase de técnicas de combate, que usa contra sus enemigos (Joker, Pingüino, Dos Caras, El Sombrero Loco, etc.). Batman es presentado como un hábil e incomparable artista marcial, con una personalidad estoica y un fuerte deseo por la justicia. El héroe gótico aparece en sus aventuras acompañado de otros personajes como Robin, Catwoman, Oráculo o Alfred, su mayordomo, entre otros.



**Grandes héroes.** De arriba a abajo, algunos de los personajes de Marvel: los X-Men, Spiderman, el Capitán América con Los Vengadores y los Cuatro Fantásticos. A la izquierda, los míticos Superman y Batman, de DC Comics.